

El intelectual y la política: consideraciones teóricas*

Reyber Parra Contreras **

Rutilio Ortega González ***

Resumen

Se analizan algunas características del concepto de intelectual y las contradicciones que este actor social ha experimentado en su inserción en la vida pública. La investigación estuvo orientada por una muestra de la amplia literatura que existe en torno al tema de los intelectuales y la relación de éstos con el poder. A partir de los aportes de Gramsci (1977, 1980), Foucault (1992) y Mansilla (2002), se identifican dos tipos de intelectuales en el marco de la historia del mundo moderno: generalista o universal y específico o especialista.

Palabras clave: Intelectual, política, poder, vida pública.

The Intellectual and Politics: Theoretical Considerations

Abstract

This paper analyzes some characteristics of the concept of the intellectual and the contradictions that this social actor has experienced in his/her insertion into public life. This study was oriented by a sample of the varied literature existing on the theme of intellectuals and their relation to power. Based on the contri-

* Este artículo forma parte de los resultados arrojados por el proyecto de investigación: *Los intelectuales y el pensamiento político e ideológico en Maracaibo (1869-1936)*, el cual cuenta con el aval institucional del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad del Zulia.

** Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad del Zulia. E-Mail: reyberparra@hotmail.com.

*** Profesor Emérito de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia.

butions of Gramsci (1977, 1980), Foucault (1992) and Mansilla (2002), two types of intellectuals were identified in the historical framework of the modern world: the generalist or universal intellectual and the specific or specialized intellectual.

Key words: Intellectual, universal intellectual, specialized intellectual, politics, power, public life.

Introducción

Actualmente en el campo de las ciencias sociales ha aflorado cierto interés por estudiar al intelectual como figura pública. En concordancia con esta tendencia, a continuación se exponen algunas ideas sobre tres aspectos relacionados con el concepto de intelectual: a) el primero se refiere al disenso que se presenta a la hora de precisar las características esenciales de este concepto; b) un segundo punto de interés es lo relativo a las contradicciones y limitaciones que experimenta el intelectual al acercarse al poder y a la vida pública en general; c) finalmente, el último de estos aspectos lo conforman los modelos de intelectuales que emergen en dos etapas de la historia del mundo moderno.

El presente trabajo se orientó mediante los insumos teóricos aportados por figuras relevantes del pensamiento contemporáneo: Octavio Paz (1983, 1990), Michael Foucault (1992), Antonio Gramsci (1977, 1980) y José Ortega y Gasset (1950). El desarrollo de la investigación estuvo signado por la aplicación de la observación documental en fuentes bibliográficas y electrónicas. A partir de esta técnica se procedió a una revisión teórica sobre el intelectual y la política (lo público), sin otra pretensión que la de aportar una reflexión que contribuya a la tarea de avanzar en la comprensión del concepto de intelectual.

En consecuencia, se analizan las limitaciones del intelectual en su inserción en la vida pública y la sucesión en el tiempo de dos tipos de intelectuales en el mundo moderno, a saber: universal o generalista y específico o especialista. Simultáneamente, se presenta como propuesta de orden ético vincular la actuación pública del intelectual al ejercicio de la crítica.

1. Definiciones y características básicas del concepto de intelectual

Existen diversas opiniones acerca de qué debe entenderse por el término intelectual. En ellas se ha procurado recoger aquello que en

esencia caracteriza a este concepto. Así, Mansilla (2002: 430) afirma que "(...) habitualmente se designa con ese término de un modo más restringido a los productores 'independientes' de valores espirituales, a los creadores de sentido que aprovechan los conocimientos más avanzados de la comunidad cultural internacional en general (...)". Por su parte, Umberto Eco (2002) sostiene que "(...) por intelectual se entiende el que desarrolla una función creativa, tanto en el universo de las ciencias como en el de las artes (...)". A juicio de Navarro (1999), "(...) la característica básica más importante del intelectual es que tiene la capacidad de crear ideologías, transmitir valores a través de la cultura, legítima y deslegítima el orden social (...)".

Chomsky (en Heinz Dieterich, 2001) considera que la condición intelectual no es el correlato de una profesión determinada; es más bien la experiencia de la creatividad y la reflexión en relación con los asuntos públicos o de interés general. Esta posición es cercana a la de Octavio Paz (1983) cuando señala que los escritores son en su mayoría intelectuales por el hecho de mantener un acercamiento permanente hacia la reflexión y la crítica. Le Goff también es partícipe de vincular al intelectual con el pensamiento y la reflexión, pero añade que la "enseñanza" de lo que éste piensa o reflexiona es de igual manera central en su oficio. "El término [intelectual] designa a quienes tienen por oficio pensar y enseñar su pensamiento. Esta alianza de la reflexión personal y de su difusión en una enseñanza caracterizaría al intelectual" (Le Goff, 2001: 21).

De acuerdo con lo antes expuesto no existe consenso alguno a la hora de precisar las cualidades o aspectos esenciales que definen al intelectual. Como bien lo plantea Bravo (2006) este concepto se torna cada vez más impreciso, razón por la cual ha sido objeto de interpretaciones disímiles y estereotipadas. Sin embargo, los autores citados ofrecen pistas que permiten reconocer tres características propias de los intelectuales.

La primera se refiere a la capacidad del intelectual para crear: él es un creador de ideas, valores, propuestas y conocimientos; por medio del intelecto éste se introduce en el proceso de interpretación de la realidad, construyendo un discurso que le permite dar a conocer dicha interpretación.

El discurso representa el puente entre el intelectual y la vida pública. Al respecto, una segunda característica del intelectual es su condi-

ción de sujeto o actor público: no puede existir sin hacerse presente con su pensamiento y su discurso en los asuntos públicos. La condición intelectual no se vive en la soledad y el aislamiento de una recámara; la misma se experimenta cuando aquello que resulta del intelecto (conocimientos, reflexiones, propuestas) se da a conocer con el propósito de incidir en el funcionamiento de lo que es común a todos. Fernando Savater (Barnabe, 1996), al respecto, identifica en el intelectual un deseo de presencia y de intervención individual en los asuntos públicos, que se canaliza fundamentalmente a través de los medios de comunicación, donde éste logra la difusión masiva de su discurso.

Por medio del discurso el intelectual se hace presente en lo público y su presencia puede responder a varios fines. En este sentido, una tercera característica es que el intelectual fija posición a favor o en contra del orden social que le corresponde vivir. Si está conforme con el modelo de sociedad en el que vive y busca darle continuidad, entonces su discurso estará plagado de contenido ideológico. Si por el contrario busca evaluar los aciertos y desaciertos de sus contemporáneos, aportando soluciones a los problemas de su tiempo, entonces su discurso estará signado por la crítica.

Ser crítico supone inconformidad. Cuando el intelectual se ve libre de ataduras y compromisos político-partidistas, en medio de esa circunstancia, es el crítico más fuerte y consecuente con su papel de “intelectual público”, pues coloca “(…) su autoridad específica y los valores asociados al ejercicio de su arte en una lucha política” (Bourdieu, 1999). En este sentido, la condición intelectual es profundamente política pero al mismo tiempo incompatible con creencias (algunas veces fanáticas) asociadas al poder, cuya falsedad se pondría en evidencia mediante la crítica. Ésta es, según Paz (1983), “creadora” y a su vez “forma libre del compromiso”, razón por la cual no puede -a su entender- ser vivenciada por los escritores que se niegan a “marginarse” de estructuras cerradas de poder como partidos, gobiernos e ideologías.

2. Presencia del intelectual en el campo de lo público: ambivalencias y conflictos

Resulta difícil encontrar una permanente respuesta homogénea u horizontal del intelectual ante las condiciones sociales que le correspon-

da vivir, menos aún frente al poder y la política. Los errores y aciertos –experiencias inevitables del ser humano– no son ajenos al desempeño público del intelectual. La historia ofrece algunos testimonios de destacados intelectuales que en la dinámica de la vida pública se encontraron atrapados en sus propias contradicciones.

Entre ellos destaca el nombre de Platón, quien propuso la conformación de un gobierno en manos de filósofos para así regir una sociedad donde la movilidad social estaba negada. Su labor como consejero de gobernantes no fue suficiente para evitar el ejercicio del autoritarismo; experiencia que también vivió Aristóteles al servir de preceptor y consejero político de Alejandro Magno.

Más recientemente, según lo indica Paz (1983: 73) refiriéndose a la experiencia mexicana, “(...) entre 1920 y 1940 los intelectuales de México creyeron que su misión era la de ser consejeros de los príncipes revolucionarios. La realidad los desengañó cruelmente: aquellos príncipes, como casi todos los de la historia, o estaban sordos o no querían oír”.

La compleja relación del intelectual con la política, el poder y todo el ámbito público en general, refleja:

(...) el “compromiso heterogéneo” de los intelectuales frente al poder real, tipología que puede ser complementada mediante calificaciones de los intelectuales como “utopistas versus realistas”, “fanáticos versus cívicos”, “comprometidos frente a indiferentes” (...) como afirmó Schmidt, este abanico de posibilidades demuestra “que no existe la figura del intelectual con validez absoluta para todos los tiempos”(...) (Mansilla, 2002: 442).

En el siglo XIX venezolano se encuentran presentes algunas pruebas contundentes de ese “compromiso heterogéneo” de los intelectuales con los actores políticos y los intereses de poder. Tras la consolidación de la independencia del país emergieron varias generaciones de intelectuales conformadas por figuras relevantes como: Fermín Toro, Valentín Espinel, Juan Vicente González y Cecilio Acosta, quienes han sido catalogados de héroes civiles (Picón Salas, 1988), pues como pocos supieron evaluar la “oscura y tumultuosa verdad autóctona”, aportando al mismo tiempo ideas y propuestas para su transformación. A la par, con estas generaciones aparecen otras que, por temor, sumisión o acuerdos con los

caudillos y “césares” de la política criolla, degeneraron el pensamiento nacional al convertir sus escritos en panfletos políticos.

(...) Así bajo el reinado de los “césares” los intelectuales venezolanos solieron llamarse “orfebres”, coleccionistas de adjetivos, optimistas y alabadores profesionales que trabajaban el pensamiento como los talabarteros y los calígrafos de Gengis Kan. Hay algunos libros documentales que expresan esta era sombría de sumisión y de miseria de la inteligencia venezolana: una gira de Castro por los Estados del interior, “sincronizada”, diríamos hoy, por los más retumbantes discursos; y el pequeño libro en que Morantes se complació con humor triste en apresar y recoger, como un herbario, las adulaciones más sonadas que había merecido el Restaurador. Bajo Gómez fue la época del soneto y de la sociología: el soneto tenía como tema la paz del “Benemérito” (...) (Picón Salas, 1988: 74).

De acuerdo con Zambrano (2006), en todo el siglo XIX venezolano, particularmente durante la permanencia del liderazgo de Antonio Guzmán Blanco, se desarrolló una política de acercamiento dirigida a los intelectuales, quienes correspondieron, en muchos casos, asumiendo el papel de panegiristas de los gobernantes, institucionalizándose así la dádiva y la lisonja.

Chomsky (en Heinz Dieterich, 2001), por su parte, identifica como caso representativo de las ambivalencias de los intelectuales frente al poder gubernamental, lo ocurrido en Europa durante la Primera Guerra Mundial,

(...) cuando los intelectuales, en ambos lados, estaban alineados y al servicio del poder. Eran entusiastas apologistas de su Estado: los alemanes por Alemania, los ingleses por Inglaterra y los franceses por Francia. Hubo algunas excepciones, pero muy pocas y terminaron en la cárcel. Bertrand Russell, por ejemplo, en Inglaterra; Kart Liebknecht y Rosa Luxemburgo en Alemania y Eugene Debbs en Estados Unidos. Sin embargo, la mayoría de los intelectuales son servidores del poder.

Otra opinión importante acerca de la inserción de los intelectuales en el ámbito público es la que ofrece Ortega y Gasset, quien en dos etapas de su pensamiento fijó posición sobre el particular.

A partir de la aparición de "*Verdad y Perspectiva*" en 1916, Ortega y Gasset opone de manera inconciliable los fines del intelectual y el político, es decir, verdad y utilidad respectivamente (Oreja, 1985). En esta etapa, que se inicia con el trabajo indicado, optó por la contemplación y consideró que ésta era la mejor vía para alcanzar la verdad, la cual, a su juicio, no se encontraba en el pensar utilitario de la política, pues en éste la "utilidad" es sinónimo de "verdad"; con lo cual el interés, las alianzas, la manipulación (expresiones de la mentira) se presentan como verdades.

Esta posición de Ortega y Gasset (1950) reivindica la "actitud teórica" (contemplativa) y limita el espacio de la política a fin de facilitar la vivencia de la verdad, la cual no puede construirse si la conciencia es abarrotada por el pensamiento de lo útil. Su inconformidad viene del hecho de que la teoría ha estado supeditada a la utilidad, es decir, a la política. Ésta ha invadido por completo el espíritu, ocupando en él un rango primario que no le corresponde, puesto que es simplemente una "actividad espiritual secundaria". La vida también es política, pero de agotarse en ella nada tendría sentido pues el "imperio de la política" es el "imperio de la mentira".

Foucault (1992:188-189), por su parte, propone abordar los problemas políticos de los intelectuales en términos de la relación verdad-poder. Al respecto señala que la inserción del intelectual en el ámbito político no debe consistir en criticar contenidos ideológicos sino en "saber si es posible constituir una nueva política de la verdad", en la cual todos los componentes de la vida pública contribuyan a la producción de la verdad, es decir, el logro del bienestar, la prosperidad, el crecimiento; lo cual exige la introducción de "efectos políticos de poder".

De igual manera denuncia la existencia de un sistema de poder que anula el discurso y el saber de los intelectuales. El referido sistema trasciende el aparato de censura del Estado y se inserta en el tejido social. Incluso, afirma, los intelectuales "(...) forman parte de ese sistema de poder, la idea de que son los agentes de la 'conciencia' y del discurso pertenece a ese sistema" (Foucault, 1992: 79).

En sintonía con lo expresado por Foucault, Paulo Freire (1986) sostiene que el intelectual tiene una responsabilidad político-pedagógica, en la cual éste entabla una relación con las masas donde son éstas y no él quienes deben asumir el protagonismo en la tarea de reinventar la sociedad. El intelectual, en dicha relación con las masas, corre el riesgo de

convertirse en autoritario cuando “no es capaz de superar una concepción mesiánica de la transformación social”.

Noam Chomsky (en Heinz Dieterich, 2001) identifica dos limitaciones de los intelectuales a la hora de acercarse al poder. La primera está dada por la incapacidad de éstos para aceptar sus equivocaciones, llegando al extremo de preferir mantenerse en el error antes que corregir, pues esto afectaría la imagen de los mismos como “personas competentes e inteligentes”. La segunda se refiere a las posiciones rígidas que suelen ser asumidas por los intelectuales cuando se trata de defender algún proyecto político o propuesta de gobierno. En muchos casos puede observarse que dichas posiciones exteriorizan actitudes doctrinarias y arrogantes, sin ningún espacio para el diálogo y la confrontación de ideas.

En concordancia con esta posición, Paz (1983: 33) alertó sobre lo perjudicial que puede resultar una relación de compromiso entre el escritor (intelectual) con la dirigencia política. Estuvo convencido de que éste debía ser el “hombre de conciencia” y no el “hombre del poder”. Su papel en el ámbito público consistiría en emplear la palabra, incluso para denunciar aquello que considere injusto y no convertirse en cómplice mediante el silencio. Esta actitud, señala, “(...) debe brotar de la conciencia y no de la táctica, la ideología o las necesidades del partido (...)”.

Hay en las reflexiones de Ortega (al menos a partir de 1916), Freire, Chomsky y Paz una posición contraria al mesianismo que, consecutivamente, se ha hecho presente en algunas sociedades - particularmente en las hispanoamericanas - cuando en momentos de crisis nacional se recurre a los intelectuales como héroes y sabios capaces de resolver los problemas del momento. Esta esperanza comenzó a alimentarse con el pensamiento ilustrado (Oreja, 1985) o al menos es cercana a un “iluminismo tecnocrático de corte jacobino” que en el contexto latinoamericano aparece por la “(...) carencia de una burocracia, de una clase política y de una opinión pública sólidamente establecidas (...)” (Mansilla, 2002: 434).

El mismo Ortega, antes de escribir “*Verdad y Perspectiva*”, visualizó con optimismo la incursión de los intelectuales en el terreno político. La difícil situación estructural por la que atravesaba España a comienzos del siglo XX le llevó a creer en la capacidad del intelectual para sacar a flote al pueblo español. Oreja (1985:318-319) considera que Ortega aceptó que “(...) el intelecto y sus depositarios los intelectuales serán los legíti-

mos encargados de organizar la vida nacional y ejercer el control del Estado y su maquinaria, lo que equivale al control de la vida pública (...). La tarea del intelectual de aquel momento consistía en revitalizar la nación mediante el “enriquecimiento cultural”, esa era su principal misión política, la cual pasaba por propagar en el pueblo educación y cultura.

En el caso específico de Venezuela, Uslar Pietri (1993: 287) relata en los siguientes términos cómo durante el siglo XIX los actores políticos recurrían a los intelectuales locales en momentos de inestabilidad y crisis:

El país ha puesto siempre, de una manera curiosa, una especie de esperanza mesiánica en sus intelectuales. A lo largo de nuestra historia, el hombre de pluma ha gozado de un prestigio extraordinario. Los hombres de marzo vienen a buscar a Fermín Toro como un augurio; hay un momento en que Juan Vicente González parece la más grande fuerza que se alza ante los federales; Cecilio Acosta se convierte en el símbolo moral del antiguzmancismo; Castro baja de la cordillera con su temeraria guerrilla para buscar en Caracas a Eduardo Blanco (...) En una tierra primitiva e inculta, el intelectual vino a representar una especie de reserva de poderes mágicos para oponerlos a los hechos adversos, una suerte de piache que podía conjurar los espíritus malos.

Probablemente esta búsqueda de respuestas en los intelectuales por parte de la dirigencia política y la sociedad en general, se deba, además de los conocimientos y autoridad moral que éstos puedan poseer, a la presencia de los mismos de forma simultánea en diversos escenarios del ámbito público, sobre todo hasta la primera mitad del siglo XX. Según Mansilla (2002: 433), “hasta más o menos 1960/1970 se podía hablar de una función polivalente de los intelectuales latinoamericanos: fueron simultáneamente pensadores y políticos, escritores y diplomáticos, fundadores y líderes de partidos, inspiradores de ideologías y críticos de los sueños colectivos”.

Esta multiplicidad de funciones por parte de los intelectuales también puede identificarse en el proceso histórico del estado Zulia (Parra, 2004) y de Venezuela en general. En este último caso, Pino Iturrieta (2005: 310) afirma que entre la ruptura del régimen colonial y las primeras décadas del siglo XX no existían diferencias entre el trabajo de los intelectuales y el trabajo de los políticos, “(...) sólo existía una rutina única que

convertía a los hombres de pensamiento en hombres de acción cuyo itinerario se desarrollaba entre las pocas bibliotecas y los despachos de la burocracia, entre los papeles de la imprenta y los debates en el congreso (...).”

En este sentido, resulta importante tener presente que otro rasgo de la “polivalencia” de los intelectuales se encuentra en la inserción de éstos en las elites sociales, desde donde han impulsado diversos procesos históricos durante los últimos siglos. Incluso, los intelectuales representan parte de las cualidades esenciales de las elites. Para Sánchez (2004: 31):

Las investigaciones contemporáneas sobre elites han resalta-
do la existencia de una serie de rasgos básicos que le son pro-
pios: varones, orígenes sociales acomodados, credenciales
académicas superiores, centros educativos de calidad, edad
madura, residencias urbanas en los barrios más aristocráticos,
profesiones típicas (juristas, profesores, burócratas, directo-
res) (...).

El papel de los intelectuales dentro de estos sectores minoritarios ha consistido básicamente en el ejercicio del liderazgo. El capital ideológico, las orientaciones del pensamiento así como el cúmulo de creencias propias de distintas etapas de la historia, proceden, en buena medida, de la participación de este sector en la construcción del orden social. Detrás de un proyecto político o de cualquier acción de interés público podrá encontrarse la presencia de algún intelectual.

El filósofo italiano Antonio Gramsci analizó el papel de los intelectuales en relación con las funciones que éstos llevan a cabo en beneficio de los intereses de un grupo o clase social esencial. Sus aportes en lo que concierne al estudio de los intelectuales se sustentan en el marxismo, desde donde reivindica el valor de lo “sobreestructural” en la comprensión del todo social. Al respecto, su pensamiento reconoce la significativa incidencia de las condiciones económicas en las relaciones de dominación establecidas por una clase social, pero a su vez visualiza el ejercicio de otros mecanismos de poder que trascienden el plano de la producción y posesión de la riqueza, los cuales se desprenden de dos importantes componentes del plano sobreestructural, a saber: sociedad civil y sociedad política¹. En este sentido, su pensamiento se encuentra atravesado

do por la convergencia entre lo estructural y sobreestructural, estableciéndose cierta interrelación que requiere ser abordada en el análisis de lo social: “El problema de las relaciones entre la estructura y las sobreestructuras es el que hay que plantear y resolver exactamente para llegar a un análisis acertado de las fuerzas que operan en la historia de un cierto período, y para determinar su correlación (...)” (Gramsci, 1980: 410).

La hegemonía es una de esas realidades de poder que Gramsci (1980: 290) identifica en el plano de “las sobreestructuras”, es decir a nivel de la sociedad civil y la sociedad política. A su juicio ésta debe entenderse como “(...) hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la entera sociedad (...)”. Para que la misma pueda hacerse presente en algún contexto social específico es necesario que los intelectuales sirvan como “gestores” ideológicos de algún grupo dominante a fin de legitimar la orientación que éste ha introducido en la vida social. De esta manera será posible el surgimiento del “consenso espontáneo” de las masas en torno a un proyecto hegemónico que, aunque pertenece a un grupo dominante, deriva de la adhesión de los intelectuales a dicho grupo (Gramsci, 1977).

Según Gramsci, existe una estrecha interrelación entre los intelectuales y los grupos sociales constituidos, en particular los esenciales (burguesía y proletariado). Dicha interrelación u “organicidad” surge como consecuencia de la aparición de experiencias históricas que resultan del binomio estructura-sobreestructura.

Todo grupo social, al nacer sobre el terreno originario de una formación esencial en el mundo de la producción económica, se crea orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su función no solamente en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea consigo mismo el técnico de la industria, el científico de la economía política, el organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc. (Gramsci, 1977: 181).

1 Esta tarea de valorar la incidencia de los procesos socio-culturales en el desarrollo del cambio y el control social, también fue llevada a cabo por quienes conformaron la Escuela de Frankfurt, entre ellos: Horkheimer, Adorno y Marcuse.

3. Tipos intelectuales en la historia del mundo moderno

La clasificación más conocida sobre los intelectuales es la aportada por Gramsci. Su propuesta parte del estudio de las relaciones establecidas entre éstos y las clases sociales, así como en la participación de los mismos en los sistemas sociales de producción. También se fundamenta en el análisis histórico de las condiciones estructurales y sobreestructurales en las cuales se mueven los grupos de intelectuales. De esta manera identifica dos tipos de intelectuales: orgánicos y tradicionales.

Los intelectuales orgánicos son aquellos que se encuentran estrechamente vinculados o relacionados con el “grupo social esencial” de una determinada estructura de producción. La organicidad se expresa en las funciones que ejercen estos intelectuales a favor de la permanencia del orden establecido por el grupo hegemónico. Dichas funciones se materializan tanto en el plano estructural como en el sobreestructural. En relación con este último, Gramsci (1977) hace referencia a dos tipos de funciones hegemónicas: la del consenso espontáneo, presente en la sociedad civil; y la coerción “legal”, característica de la sociedad política. Ambas funciones contribuyen al disciplinamiento social requerido para que el status quo permanezca.

El disciplinamiento también debe hacerse presente en la capa de los intelectuales tradicionales. El grupo social esencial busca la asimilación y conquista ideológica de éstos (Gramsci, 1977) mediante la consolidación y expansión de los intelectuales orgánicos. La referida asimilación es de naturaleza cultural y persigue la inserción de los intelectuales tradicionales en el esquema estructural y sobreestructural que favorece la continuidad del “grupo social fundamental” y su sistema social de producción.

El sector de los intelectuales tradicionales procede de una estructura económica anterior a la impulsada por el grupo hegemónico. En consecuencia, posee una formación que no responde a las exigencias del nuevo orden y por lo tanto se presentan distanciados del grupo social esencial, el cual perseguirá su inserción y adaptación al sistema social de producción que le es favorable. Para alcanzar esta meta, dicho grupo se vale de diversas estrategias. Una de ellas, en el caso del mundo moderno, está representada por la escuela, pues a juicio de Gramsci (1977: 188) “es el instrumento de elaboración de los intelectuales de diverso grado”.

La clasificación de los intelectuales aportada por Gramsci desde una perspectiva neo-marxista es compatible con la propuesta de Foucault (1992) y Mansilla (2002), en lo que se refiere a los tipos de intelectuales que éstos logran identificar en la historia del mundo moderno. Todos ellos coinciden en estudiar la sucesión de modelos de intelectuales desde la especificidad del contexto histórico, donde encuentran características políticas, económicas y culturales que inciden en la actividad pública de los intelectuales.

Foucault (1992) y Mansilla (2002) ubican en el mundo moderno la sucesión de dos tipos de intelectuales: universal o generalista y especialista o específico. La ocupación de diversos escenarios del ámbito público, mediante el ejercicio de funciones políticas, económicas y académicas, representa una de las características atribuidas a los llamados intelectuales “universales” (Foucault, 1992) o intelectuales “generalistas” (Mansilla, 2002).

El intelectual universal es el modelo de intelectual que prevalece en el ámbito cultural durante el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. Su manifestación más clara y representativa fue el escritor, quien era el “portador de valores universales” o ejemplares, como la justicia y la equidad. De acuerdo con Foucault (1992: 185), “(...) el intelectual universal deriva del jurista notable y encuentra su expresión más plena en el escritor, portador de significaciones y de valores en los que todos pueden reconocerse”.

Al respecto, Mansilla (2002: 433) se refiere a este tipo de intelectuales calificándolos de “generalistas” y ubica el recorrido histórico de éstos antes de la década de 1960, atribuyéndoles como características esenciales: “(...) una especie de compromiso histórico con la ‘verdad’ (...) que defendían valores normativos abstractos y casi absolutos, como la verdad, la justicia, y la democracia, y que no se contentaban con propugnar valores de validez parcial y relevancia limitada (...)”.

Gramsci (1977), por su parte, afirma que este tipo de intelectual “tradicional y vulgarizado” viene dado por el literato, el filósofo o el artista. La sociedad moderna y capitalista no reconoce en éstos las pretendidas competencias para el trabajo industrial-productivo, por lo que mediante la educación técnica y especializada persigue la formación de un nuevo tipo de intelectual, cónsono con la dinámica productiva.

Son muchos los nombres de destacados intelectuales venezolanos que durante el siglo XIX encarnaron el modelo de intelectual universal: Cecilio Acosta, Fermín Toro y Lisandro Alvarado son algunos de los tantos “hombres de letras” que pretendieron aleccionar a sus contemporáneos en relación con los valores sociales y espirituales que consideraron absolutos. Vivieron como escritores solitarios y prestigiosos en medio de una colectividad marcada por el analfabetismo y las guerras civiles, a los cuales pretendieron amoldar a los patrones de la “civilización occidental”.

Para ellos el modelo de sociedad era aquel que les venía de los centros metropolitanos del poder y el saber (Europa y Norteamérica). Al igual que en el resto de Latinoamérica, los intelectuales de aquel momento (aunque también los de hoy) se inclinaron por copiar las corrientes del pensamiento y los modelos socio-económicos y políticos provenientes del mundo más industrializado. Octavio Paz (1990: 43) sostiene que “(...) el liberalismo, el positivismo y ahora el marxismo-leninismo, han sido acogidos por los intelectuales latinoamericanos como recetas abstractas; ninguna de estas doctrinas ha sido repensada por y para latinoamericanos (...)”.

La importación de ideas fue una de las causas por las cuales los intelectuales venezolanos del siglo XIX se vieron envueltos en confrontaciones ideológicas, pues ante la entrada de “paradigmas novedosos” sectores intelectuales optaron por asumirlos, mientras que otros prefirieron permanecer en el pasado. Así, a finales del siglo XIX surgió una “querrela” entre generaciones de intelectuales (Uslar, 1993; Parra, 2004) protagonizada por los positivistas, quienes aspiraban transformar al país mediante la propagación de la ciencia y, en el bando contrario, las generaciones de intelectuales conservadoras apegadas a la tradición religiosa anti-materialista.

Al respecto, resulta lógico pensar que los intelectuales universales encontraron en las posiciones ideológicas un impulso para conformar sectores dentro de la intelectualidad, en los cuales se harían presentes quienes compartieran afinidades ideológicas. En torno a ideologías como el liberalismo, el marxismo o las posiciones conservadoras es posible hallar grupos de intelectuales con una particular visión de la realidad. Estos acercamientos ideológicos probablemente facilitaron la construcción de proyectos de poder en los cuales debió ser viable la incorpora-

ción de otros intelectuales que por intereses de diversa índole (de beneficio particular o colectivo) se sumarían a la implementación de dichos proyectos.

De hecho, Zambrano (2006: 233) afirma que en el siglo XIX venezolano el debate académico de los intelectuales llegó a mezclarse con las posiciones políticas de éstos. En este sentido, presenta como ejemplo representativo de tal situación la crítica que hiciera Gonzalo Picón Febres al autor de **Ídolos Rotos**, Manuel Díaz Rodríguez, a quien acusaba de despreciar lo autóctono. Sostiene Zambrano que “en el trasfondo del comentario de Picón Febres existe una velada toma de posición contra el modo como en la novela se representan las tropelías del gobierno de Cipriano Castro”. Y agrega, además, que “hay en la crítica una postura política frente a la crudeza de la novela al radiografiar la situación de la Venezuela finisecular. Y la novela es un pórtico a lo que abiertamente apoyaría Díaz Rodríguez con la llegada de Juan Vicente Gómez al poder en 1908”, es decir que para la fecha el otrora crítico del poder pasará a ser su defensor y quien cumplía este papel se sumaría al bando contrario.

Otro tipo de intelectual es el llamado “intelectual específico” (Foucault, 1992) o “intelectual especialista” (Mansilla, 2002). Se corresponde al intelectual de décadas recientes y aparece como relevo histórico del intelectual universal aproximadamente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Según Foucault (1992: 185) “es posiblemente el físico atómico, digamos una palabra, o mejor un nombre: Oppenheimer, el que ha hecho de bisagra entre el intelectual universal y el intelectual específico”.

A diferencia del intelectual universal, representado por el escritor, el intelectual específico se encuentra presente en el especialista o experto con una formación académica delimitada. Su trabajo se inserta en la dinámica de las sociedades industrializadas, correspondiéndole la función de dinamizar el sistema de producción capitalista mediante el ejercicio de su profesión.

Según Gramsci (1977: 187):

(...) el modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia [lo que sí es característico del intelectual universal], motor exterior y momentáneo de los afectos y las pasiones, sino en el mezclarse activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, “persuasor permanente” –por no ser puro orador– (...).

Este nuevo intelectual se encuentra “orgánicamente” vinculado al empresario capitalista, quien se encarga de impulsar su aparición mediante el respaldo que éste le brinda a las especializaciones productivas, entre estas el “técnico de la industria, el científico de la economía política”, entre otros. La función esencial de este intelectual “especialista” consiste en sostener la dinámica productiva del sistema capitalista y, al mismo tiempo, ser “el organizador de una nueva cultura”.

4. El papel de los intelectuales en el mundo latinoamericano

En el contexto latinoamericano se presentan grandes desafíos que interpelan a los intelectuales contemporáneos. Por un lado, las carencias materiales y espirituales de los excluidos del sistema político y económico demandan de éstos trascender las limitaciones temporales de sus empleos, para poner en práctica redes críticas (Bourdieu, 1999) que permitan la consecución de una posición de consenso frente a los problemas primordiales de quienes han sido privados de sus derechos fundamentales. Octavio Paz (1983: 199) señala de manera categórica que “(...) si los intelectuales latinoamericanos desean realmente contribuir a la transformación política y social de nuestros pueblos, deberían ejercer la crítica (...)”.

Para ejercer la crítica el intelectual latinoamericano no puede descuidar su formación. En la actualidad, los intelectuales especialistas han perdido la preparación general que caracterizó a los intelectuales universales del pasado. El intelectual contemporáneo conoce aquello que es propio de una disciplina, pero carece de un conocimiento integral, global u holístico de la realidad.

En relación con la especialización o profesionalización propia de la contemporaneidad, Bravo (2006: 212) sostiene que:

Con la especialización y la preocupación de la enseñanza por la profesionalización, el campo intelectual se ha hecho cada vez más vulnerable (...) Pareciera que la indetenible profesionalización de nuestras sociedades ha dejado de lado el sueño de Voltaire en cuanto a la necesidad de formar ciudadanos ilustrados y corre aceleradamente hacia la capacitación de profesionales más performativos, cuyas preocupaciones, por lo general, son esencialmente prácticas, momentáneas y acomodaticias.

El mundo moderno con su razón instrumental ha trazado funciones que como bien lo señala Gramsci responden al desarrollo de alguna actividad de producción. Conviene que los intelectuales latinoamericanos se formen de manera integral; para ello el conocimiento transdisciplinario puede contribuir al logro de este propósito. La complejidad de la realidad requiere respuestas que deben buscarse más allá de las fronteras disciplinarias, sin que esto implique renunciar a la riqueza de cada disciplina o área del conocimiento.

Por otra parte, los intelectuales deben estar en capacidad de aportar sus talentos a favor del desarrollo de cualquier proceso de cambio social que traiga consigo la inclusión de sus contemporáneos en el bienestar colectivo y no la exclusión de los mismos. La incursión de los intelectuales en el campo de la política, así como las orientaciones que éstos puedan aportar a la dirigencia gubernamental, ha de apuntar a la concreción de la inclusión social. De igual manera, el logro de este ideal debe ser impulsado por los intelectuales que estén ausentes de la estructura del Estado, valiéndose para ello del poder de la palabra (el discurso) a fin de develar la injusticia y la mentira, problemas sociales que son la antítesis del concepto de “verdad” propuesto por Foucault.

Conclusiones

El análisis del concepto de intelectual debe partir del reconocimiento de la existencia de múltiples interpretaciones en torno a éste, las cuales hacen difícil precisar sus aspectos sustanciales. A pesar de la heterogeneidad de opiniones sobre el concepto, es posible identificar tres de sus características centrales: 1) en relación con el intelecto y el pensamiento, el intelectual es un creador, cuya obra creada (conocimientos, ideas, valores) queda reflejada en su discurso; 2) es, al mismo tiempo, una persona que se introduce de manera activa en el ámbito público, donde se concreta su condición política; 3) y allí, mediante el discurso, asume un compromiso a favor o en contra del orden social vigente: al defender o legitimar un modelo social, político o económico crea una ideología; al evaluarlo o poner en duda su idoneidad, entonces ejerce la crítica.

En este sentido, la condición intelectual logra ser experimentada por quienes asocian en sí mismos la tríada: intelecto, crítica y discurso. Estas cualidades son centrales en un intelectual y posibilitan que éste se

inserte en el ámbito público (donde la política es de importancia capital), incurriendo en aciertos y desaciertos propios de la condición humana.

Al respecto, la incursión del intelectual en la vida pública conviene que esté guiada por el ejercicio de la crítica en una doble vertiente: el intelectual debe autoevaluarse y criticarse a fin de reconocerse limitado como ser humano y poder alcanzar así la apertura y la capacidad de diálogo que requiere para corregir los errores que pueda cometer en su desempeño público; de igual manera debe criticar la inoperancia del orden establecido y la exclusión social que éste desencadene. Él, al excluirse de posiciones doctrinaristas, partidistas e ideológicas, puede convertirse en conciencia de sus contemporáneos.

Por otra parte, los tipos o modelos de intelectuales que puedan identificarse a lo largo de la historia demuestran que éstos, al igual que los hombres en general, son un reflejo del tiempo. Tanto el intelectual universal o general como el intelectual específico son expresiones de épocas en las que prevalecen condiciones históricas o “ethos culturales” que inciden en la posición de cada uno de ellos frente al mundo que les corresponde vivir. De ahí que los estudios sobre los intelectuales no pueden obviar el peso del tiempo en las respuestas que éstos generan en sus respectivos contextos sociales.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, Perry. 1981. **Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en occidente**. Segunda edición. Barcelona: Editorial Fontamara. Colección Ensayo Contemporáneo.
- BRAVO, Betulio. 2006. Intelectuales, cultura y poder: recurrencia de una discusión. En: Díaz Orozco, Carmen –Compilación y Prólogo– **Laberintos del poder**. Mérida: Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes e Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres. pp. 205-214.
- FOUCAULT, Michel. 1992. **Microfísica del poder**. Tercera edición. Madrid: La Piqueta. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.
- FREIRE, Paulo. 1986. **Hacia una pedagogía de la pregunta. Conversaciones con Antonio Faúndez**. Buenos Aires: Ediciones La Aurora. Serie Educación.
- GRAMSCI, Antonio. 1977. La formación de los intelectuales. En: **Pequeña antología política**. Segunda edición. Selección y notas de Mario Spinella. Barcelona: Editorial Fontanella. Libros de Confrontación.

- GRAMSCI, Antonio. 1980. La sociedad civil. Textos de los cuadernos de 1929, 1930 y 1931. En: **Antología**. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. México: Siglo XXI Editores. Biblioteca del Pensamiento Socialista.
- LE GOOF, Jacques. 2001. **Los intelectuales en la Edad Media**. Barcelona: Editorial Gedisa. Traducción de Alberto L. Bixio.
- MANSILLA, H.C.F. 2002. Intelectuales y política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental. **Espacio Abierto**. Cuaderno Venezolano de Sociología. Maracaibo, Vol. 11, Nº 03: pp. 429-454.
- OREJA DOMÍNGUEZ, Francisco. 1985. El intelectual en Ortega (breve recorrido por sus textos). **Cuadernos de Realidades Sociales**. Instituto de Sociología Aplicada de Madrid. Nº 25-26: pp. 307-324.
- ORTEGA Y GASSET, José. 1950. Verdad y perspectiva. El Espectador –I. En: **Obras Completas**. Tomo II. Segunda edición. Madrid: Revista de Occidente.
- PARRA CONTRERAS, Reyber. 2004. **Los intelectuales de Maracaibo y la centralización gubernamental en Venezuela**. Maracaibo: Fondo Editorial UNICA. Colección Investigación, Nº 2.
- PAZ, Octavio. 1983. **El ogro filantrópico**. Tercera edición. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- PAZ, Octavio. 1990. **Hombres en su siglo**. Bogotá: Editorial Seix Barral.
- PICÓN SALAS, Mariano. 1988. **Suma de Venezuela**. Caracas: Monte Ávila Editores.
- PINO ITURRIETA, Elías. 2005. La reaparición de los intelectuales venezolanos, ¿anuncio o realidad evidente? En: **La cultura política del venezolano. I coloquio historia y sociedad**. Caracas: Editorial Equinoccio (Universidad Simón Bolívar) y Universidad Católica Andrés Bello. pp. 305-315.
- SÁNCHEZ HERRERA, Javier. 2004. Líderes y elites. **Reflexión Política**. Revista del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (Colombia). Año 06, Nº 12: pp. 28-39.
- USLAR PIETRI, Arturo. 1993. **Letras y hombres de Venezuela**. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana. Documentos Serie Memorias.
- ZAMBRANO, Gregory. 2006. Las ficciones del poder: entre el Estado mecenas y el intelectual agradecido. En: Díaz Orozco, Carmen –Compilación y Prólogo – **Laberintos del poder**. Mérida: Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes e Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres. pp. 229-239.

Fuentes electrónicas:

- BARNABE, Diego [Entrevistador]. 1996, octubre 17. **En perspectiva**. Entrevista a Fernando Savater. [Programa de radio. Transcripción en línea, con el título:

Los intelectuales, los nacionalismos y la familia de fin de siglo]. Disponible en: www.espectador.com/text/pglobal/savater.htm. [Consulta, febrero de 2007].

BOURDIEU, Pierre. 1999. **Sobre intelectuales y política**. [Documento en línea]. Conferencia dictada en la Convención de la Asociación de Lenguas Modernas, Chicago. Traducción parcial a cargo de Susana Draper. Disponible: www.henciclopedia.org.uy/autores/PBourdieu/IntelectualesPolítica.htm. [Consulta, octubre de 2005].

ECO, Umberto. 2002. ¿Deben los intelectuales meterse en política? **Memoria**. Revista mensual de política y cultura, N° 164. [Documento en línea]. Disponible: www.memoria.com.mx. [Consulta, diciembre de 2005].

HEINZ DIETERICH, Steffan. 2001. Los intelectuales (¿críticos o servidores del poder?). **El Universal y El Nacional**, México. Entrevista a Noam Chomsky. [Documento en línea]. Disponible: www.ar.geocities.com/veaylea2002/chomsky/01-08intelectuales-poder.htm. [Consulta, enero de 2006].

NAVARRO, Karlos. 1999, noviembre. Tipología de los intelectuales y el poder. [Documento en línea]. Ponencia presentada en el Simposio **Los intelectuales y el poder**, organizado por la Fundación Nicaragüense Nuevo Siglo y la Universidad Americana, Managua. Disponible: www.euram.com.ni/pverdes/otros_documentos/intelectuales_y_elpoder.htm. [Consulta, diciembre de 2005].